



www.loqueleo.com/ec

© 2014, Lucrecia Maldonado

© De esta edición:

2020, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-803-7

Derechos de autor: 044556

Depósito legal: 005178

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Mayo 2014

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Junio 2017

Octava impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Tito Martínez

Actividades: Francesca Ayala

Corrección de estilo: Alejo Romano

Diagramación: Juan Carlos Carrera

Supervisión editorial: Alejo Romano

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Quando se apaga la luz

Lucrecia Maldonado

Muestra
promocional
Prohibida
su venta
© Santillana



loqueleo



Estas historias no habrían sido posibles sin la colaboración de las siguientes personas, que me brindaron algunas excelentes ideas:

Pedro Traversari («El teléfono dañado»), Carlos Maldonado y su familia («Detrás de la puerta»), Jimmy Marchán («La enamorada»), Isabel Arteta («Por entre las cortinas» y «Veo lo que los ojos no ven»), Vicky Lalama («El Hombre de los Cuadros»), Marisol Quinga («Un abuelito... dos abuelitos») y María Elena León Lárraga («Un gesto de consuelo»).

Índice

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

Cuando se apaga la luz	11
El teléfono dañado	17
El duende de las cosas perdidas	25
Detrás de la puerta	37
La enamorada	45
Por entre las cortinas	57
El Hombre de los Cuadros	69
Veo lo que los ojos no ven	77
Un abuelito... dos abuelitos	87
Un gesto de consuelo	97
Biografía	117
Cuaderno de actividades	119

Cuando se apaga la luz



El relámpago y el trueno estallaron casi al mismo tiempo, y la casa se quedó de golpe a oscuras. La abuela, serenamente, comenzó a buscar las velas para el viejo candelabro plateado de tres luces y, después de encenderlas y colocarlo en la mitad de la mesa de la cocina, dijo:

—Tranquilos, tranquilos. Esto pasa cuando caen rayos. Ya vendrá la luz.

Estábamos con ella sus seis nietos, que habíamos ido a pasar en su casa de Alangasí las vacaciones de noviembre por Finados mientras nuestros padres se deleitaban en un viaje a Cartagena: yo, la más grande, con solo diez años; Ana y Luz, las gemelas de siete, hijas de mi tía Inés; Raúl, de ocho, mi hermano menor; Martina, de cuatro, hermana de las gemelas; y

el bebé Pablito, de solo dos, hijo único de mi tío Juan Pablo, el único y más pequeño hermano de mi mamá.

Habíamos estado haciendo los típicos muñecos de pan de por esas fechas, mejor conocidos como guaguas de pan, bromeando y divirtiéndonos con nuestras «esculturas», que habíamos metido al horno justo cuando la luz se fue. Tras el rayo, el trueno y el apagón, las gemelas habían pegado un grito a dos voces y se habían abrazado, Martina se había ocultado debajo de la mesa, Raúl se había aferrado a mí y el bebé había empezado a llorar mientras la abuelita lo levantaba del suelo y lo colocaba en la sillita alta.

Poco a poco nos fuimos tranquilizando, y más cuando la llama de las velas esparció una agradable y suave luz por la cocina de la vieja casa de la abuelita.

—Bueno —dijo ella, acariciando la cabeza del bebé Pablito—. Ahora todos se van a quedar aquí porque, si se me escapan, va a ser un trámite tener que irles a buscar por toda la casa a oscuras. Y Martina, ¿dónde está?



De debajo de la mesa, surgió una vocecita:

—Aquí.

La abuelita sonrió:

—¿Y dónde es «aquí»?

Raúl, ya repuesto del espanto, indicó:

—Debajo de la mesa. ¡Es una miedosa!

No pude contener la respuesta:

—No es la única. Todavía me duelen los hombros con el tremendo «abrazo» que me diste de puro asustado.

La abuelita nos guiñó un ojo mientras preguntaba:

—¿Y no quieres salir de ahí?

La vocecita repitió:

—No.

—¿Por qué no, mi amor?

—Porque caen rayos y truenos.

Y, como para comprobarlo, las ventanas se encendieron con la luz blanca de un nuevo relámpago, aunque esa vez el trueno se tardó algunos segundos. Enseguida, el ruido de la lluvia comenzó a hacernos de fondo musical. La abuela dijo:

—Bueno, si no quieres, no salgas de ahí y cuéntanos si es que ves algo medio raro.

El «valiente» de mi hermano preguntó, sentándose junto a mí:

—¿Por qué? ¿Hay cosas raras en esta casa?

La abuelita, enigmática, se encogió de hombros, sonrió y dijo:

—No, pero a veces, cuando se apaga la luz...

Las gemelas gritaron:

—¡Nooo!

Raúl me abrazó de nuevo con tanta fuerza que me hizo en ambos brazos moretones que duraron como ocho días.

—Bueno —siguió diciendo la abuelita—, voy a preparar una sopita y después tomaremos la colada morada que dejó María con el pancito que se está horneando. Mientras tanto, les contaré algo que sucedió cuando el abuelito Ernesto todavía vivía.

Y así, en la penumbra de la habitación tan solo iluminada por la luz de las velas, comenzó su primer relato...

El teléfono dañado



Esto sucedió hace mucho tiempo. En ese entonces, el abuelito Ernesto y yo vivíamos con los niños en Quito, y solamente veníamos a esta casa los fines de semana, generalmente los viernes por la tarde. Los otros días, ambos dábamos clases en la ciudad: yo, en un colegio y él, en la universidad, aparte de su trabajo como dentista. Los chicos estudiaban y aquí se quedaban en la casita de afuera solamente Rosita y Jacinto, ahora ya mayores, la empleada y el cuidador, que son la mamá y el papá de María, así que dejábamos todo desconectado: los aparatos eléctricos para que no se dañaran si había tormenta de truenos, algo que aquí sucede cada vez que llueve; las llaves de paso del agua de la casa quedaban cerradas; y, por supuesto, también desconectábamos los teléfonos, porque Rosita y Jacinto tenían una ex-

tensión en su casa para comunicarse con nosotros si era necesario.

En la época que les cuento, los chicos ya estaban grandecitos. Más claro, ya rara vez nos acompañaban a la casa de campo; incluso Juan Pablo prefería quedarse al cuidado de sus hermanas. Pero a Ernesto y a mí nos gustaba seguir viniendo. Él estaba preocupado por su mejor amigo, Joaquín, a quien no habíamos visto durante unos cuantos días, y justo vinimos conversando sobre él durante todo el viaje por la autopista.

—Creo que anda medio enfermo —comentó Ernesto—. Si no, ya estaría llamando por teléfono a cada rato para venir a visitarnos, pasar el fin de semana con nosotros o hacer cualquier tipo de planes.

A mí también me sorprendía ese silencio. Cuando llegamos a la casa, y mientras bajábamos las maletas del auto, se escuchó el timbre del teléfono. Ernesto, que siempre fue ágil, subió corriendo las gradas de la entrada y abrió rápidamente la puerta con su llave. Yo, un poco menos apurada y también menos ágil, lo seguí. Desde la puerta alcancé a escuchar su conversación:

—Hola, Joaco, qué sorpresa. Justo veníamos conversando de ti con Laura... (...) Sí, sí, claro. (...) No, viejo, para mí también ha sido un regalo tu amistad, qué dices. (...) Tranquilo. Yo también te agradezco de corazón, hermano. (...) ¿Te vas de viaje, acaso? Te siento triste. (...) Claro, claro, pero nos veremos lo más pronto posible... (...) Yo también le agradezco a la vida este regalo que ha sido tu amistad. Pero no te pierdas, amigo, asómate cualquier rato de estos... (...) ¿Por qué no? ¿De viaje, dices? (...) Bueno, bueno, tranquilo, mi hermano, tranquilo... (...) Claro, cualquier rato nos volvemos a encontrar... (...) Un abrazo, Joaquín. Cuídate mucho.

Me había quedado de pie en la entrada, paralizada al verlo hablar con tanta seguridad. Cuando cerró, se volvió hacia mí, diciendo, preocupado:

—Este Joaquín, algo le pasa, seguro. ¡Sonaba tan triste! ¿Y tú? ¡Estás muy pálida!

—¿Seguro hablaste con él? —pregunté sin poder creerlo.

—Sí, claro. ¿Con quién más?

—Es imposible, Ernesto.

Sonrió, dudando:

—¿Por qué?

Le señalé el cable:

—El teléfono está desconectado...

Entonces Ernesto también se puso muy pálido, mientras sus ojos seguían el cable que terminaba en el enchufe sin conectar, descansando sobre el suelo. Cuando lo conectó apresuradamente, el teléfono volvió a sonar. Era Mariana, la esposa de Joaquín, para avisarnos, llorando, que él acababa de morir de un ataque al corazón.

La penumbra de la cocina se vio invadida de pronto por un delicioso aroma a apio, a zanahoria, a cilantro, esas sopitas con que la abuela había alimentado nuestra infancia desde que pudimos comer algo que no fuera leche materna, y que solo de imaginarlas hacían agua la boca.

Impactado por la historia que acabábamos de escuchar, Raúl tartamudeó:

—En-entonces, la-la llamada fue...

—¡Desde el mááás allááá! —grité, ganándome un nuevo abrazo destructor y, después, un pellizcón cerca del codo.

